

# ¿La historia inmediata, otra historia política?

## Métodos y cuestionamientos

Frédérique Langue

Centro Nacional de Investigaciones Científicas y Escuela de Altos Estudios, París

---

El punto de partida y “pretexto” de las conferencias que se impartieron en la UCAB en el marco de dos seminarios de postgrado (uno sobre relaciones civiles-militares y control civil, del Dr. Domingo Irwin, y otro, sobre historiografía, de la Dra. Dora Dávila, ambos nos ofrecieron unas gratas oportunidades de debatir con un público selecto) fue una publicación nuestra, relativamente reciente, sobre el presidente Hugo Chávez. Este libro, *Hugo Chávez et le Venezuela. Une action politique au pays de Bolívar* (París, L'Harmattan, 2002), salió en medio de los sucesos de abril. Estas circunstancias reforzaron aún más la inscripción de esta investigación en una de las mayores corrientes historiográficas francesas de hoy, la de la llamada “historia del tiempo presente”, y, en particular, de la “historia inmediata”, por el escaso lapso de tiempo que transcurre entre el acontecer histórico y la interpretación que de ello ofrece un historiador profesional.

En Francia, la “historia del tiempo presente” tiene unas connotaciones muy precisas: tiene que ver con un instituto de investigación especializado en la historia de un pasado reciente (el período de la segunda guerra mundial, el régimen de Vichy y la “colaboración”, la “resistencia”) y por lo tanto con los ecos que encuentran en la vida política nacional, con unos temas altamente polémicos cuyos actores están vivos todavía, tanto los verdugos, criminales, colaboradores o asimilados (caso Papon) como las víctimas y vencedores de esta misma historia. Esta problemática plantea por lo tanto varios interrogantes ligados a los usos del pasado histórico, especialmente en los medios de comunicación (*protagonistas y autores* de esta historia del tiempo presente o inmediata, junto a los historiadores). Nos remite también a la cuestión de las sensibilidades, tanto colectivas como propias del historiador, al tema de los testigos y de los testimonios (en el mencionado caso y en el de la Shoah, estrechamente vinculado con esa temática, son muy

a menudo "víctimas"), testimonios que plantean de manera obvia el problema de las fuentes utilizadas, y, en última instancia, de los usos de la memoria histórica, de la construcción de la misma y desde luego de la escritura de la historia, incluyendo las llamadas "historias oficiales".

Respecto a las fuentes, cabe recordar que el acceso a los archivos del período estudiado, en cualquier país del mundo, no está garantizado, ni mucho menos, tratándose de un período reciente, habida cuenta de los plazos que tienen que transcurrir antes de que se autorice la consulta (de 30 hasta 100 años, cuando se trata de ciertas fuentes militares o privadas). En cuanto a las fuentes muy recientes (testimonios escritos u orales, entrevistas) y del material hemerográfico (o sea la prensa, de fácil acceso en Internet), implican una crítica mucho más rigurosa, por ser el historiador coetáneo de los hechos que estudia (una de las definiciones más difundidas de la historia del tiempo presente). Aparte de que los medios de comunicación también pueden llegar a tomar posiciones políticas, como es el caso bien conocido de la Venezuela de hoy. Una de las mayores diferencias entre el trabajo del historiador del tiempo reciente o inmediato y el del periodista radica de hecho en el material citado o mejor dicho en la ética profesional de cada gremio: mientras al periodista se le ofrece la posibilidad de no mencionar de manera explícita sus fuentes, o incluso de silenciarlas (para proteger a los testigos), el historiador tiene que rendir cuentas. De ahí las notas a pie de página y las bibliografías finales, ingredientes fundamentales del discurso histórico.

Si ahora tomamos en cuenta el método, sus logros y cuestionamientos, teniendo en cuenta las diferencias de registro de hechos en ambos países, o sea el impacto distinto que pueda tener el pasado reciente en la vida política de hoy; y el hecho de que la historia ya no es solamente cosa de especialistas sino que despierta inquietudes en varios sectores de la población, podemos destacar varios elementos interpretativos. Mientras en el caso de Francia, los tres protagonistas de esta forma de hacer historia son el historiador, el periodista y el juez (quien convoca a los primeros para comprender mejor los procesos históricos aludidos en los juicios en hoy), en Venezuela es el militar, como participante en el *debate político* (no se contempla aquí como protagonista de una acción directa, tipo golpe de estado) y más todavía si nos referimos a la importancia política que le confiere la Constitución bolivariana, quien les hace compañía al historiador y al periodista. Esta es, sin lugar a dudas, una de las paradojas de una historia nacional que en las últimas décadas, y a diferencia de muchos países latinoamericanos, no ha arrojado dictaduras sino democracia.

De hecho, el estatuto del historiador, como científico social, resulta ser un dato fundamental a la hora de escribir la historia inmediata: escribir

semejante libro sobre el presidente Chávez, por más que no se trate de una biografía "clásica" sino de un estudio de un proceso histórico enfocado desde la perspectiva de la historia de las mentalidades/representaciones, hubiera resultado imposible en la misma Venezuela, por la radicalización de la opinión pública, en la medida en que, difícilmente el historiador, como ciudadano o testigo de determinados procesos históricos, se exime de tomar partido, lo que constituye de hecho una opción política. En ese aspecto, la mayor distancia, en todos los sentidos de la palabra, que ofrece esta escritura desde afuera sobre una historia "en directo", permite vislumbrar mejor el proceso histórico e ir más allá de la "actualidad política" y de su ineludible polarización. No por eso la historia inmediata deja de serlo. Ahora bien, ofrece unas pistas, unos caminos no trillados para hacer precisamente otra historia política, distanciada respecto a los hechos, al acontecer histórico, por más que el historiador no pueda escribir sin sentir un interés mínimo por su tema de estudio, o afición. Pero esto tiene que ver con otra historia, la historia de las sensibilidades.